

hacemos nosotros en nuestros salones, haría sonrojar de indignación á los Arabes. Pensar que un hombre provisto de una dosis de buen sentido pueda ofrecerse en espectáculo, saltando cadenciosamente, á los acordes de un instrumento, les parece una monstruosidad.

Las danzas son desempeñadas en Oriente por unas mujeres llamadas almeas; pero todas las que he visto, particularmente en el Alto Egipto, y en diversas ciudades de Asia y África, me han parecido inferiores á su reputación.



Tienda de un armero árabe, en Siria. — De fotografía

noble visitante: «Ese héroe había vencido á todos sus enemigos en los combates, su brazo era invencible, el sonido de su voz hacía palidecer de terror á los más temibles guerreros, etc.» La principal habilidad consiste en rozar con el sable la cabeza del noble visitante, sin hacerle daño; y aunque el jeque de mi escolta me asegurase que este accidente casi nunca ocurría, hice inútilmente los más vivos esfuerzos para convencer á aquellas hijas del desierto de que prefería me mostrasen su habilidad, escogiendo las cabezas de sus compatriotas.

En cuanto á las almeas del alto Egipto, han decaído completamente de su antiguo esplendor; llevan en público un vestido que les priva de toda gracia; y sólo en la intimidad se desnudan de él, sin hacerse de rogar, bailando con aquellas prendas naturales que la leyenda atribuye á Eva.

Entre las diversiones predilectas de los Ara-

Aquellos bailes consisten sobre todo en movimientos de trepidación de la pelvis, dejando inmóviles las demás partes del cuerpo. Una de las más pintorescas se llama del sable, que he presenciado una noche en Jericó, á la luz del fuego del vivaque. Unas fellahinas, provistas de sables grandes y muy afilados, trazaban rápidos molinetes en torno de mi cabeza, mientras otras compañeras suyas entonaban canciones, en las cuales se celebraba el valor, la fama y particularmente la generosidad supuesta del

bes una de las que más prefieren consiste en oír los cuentos maravillosos que les refieren los narradores de profesión. Circulan estos narradores por todo Oriente, y su éxito siempre es considerable. A veces improvisan, pero generalmente se reducen á recitar una poesía ó un cuento de las Mil y una Noches. Todavía recuerdo la sorpresa con que una noche contemplé en un barrio popular de Jafa á un grupo de Arabes compuesto de faquines, bateleros, criados, etc., escuchando con el más religioso silencio á un narrador, que les leía un poema de Antár, á la luz de una linterna. Mucho dudo que hubiese obtenido el mismo éxito ante un grupo de labradores franceses la lectura de una poesía de Lamartine ó de Chateaubriand.

Al ver la influencia de estos narradores en las masas, se puede comprender uno de los aspectos interesantes del carácter de los Arabes, á saber: su grandísima viveza, unida á la gravedad de la actitud, y al poder de su imagina-

ción representativa: lo que oyen lo ven, quedando tan impresionados de ello, como si positivamente lo viesen.

«Es necesario haber estado entre estos hijos del desierto, exclama un viajero, cuando escuchan sus cuentos favoritos. ¡Cómo se agitan! ¡cómo se calman! ¡cómo brillan sus ojos en su moreno rostro! ¡cómo sigue la cólera á los sentimientos tiernos, y las estrepitosas risas vienen tras las lágrimas! Con qué rapidez pierden y recobran alternativamente el aliento, y con qué

intensidad comparten todas las emociones del héroe, asociándose á sus penas y alegrías! Es aquello un verdadero drama; pero un drama cuyos espectadores son también actores de él. Los poetas de Europa, á pesar de todos los recursos de que disponen, como el prestigio de los versos, el encanto de la música y la magia de las decoraciones, no producen en los espíritus embotados de los Occidentales la centésima parte de las emociones que uno de aquellos narradores semi-salvajes. Si el héroe de la his-



Memorialista en Jerusalem. — De fotografía

toría está amenazado de un peligro inminente, los oyentes se estremecen y gritan: «No, no; que Dios le libre de eso.» Si se halla en medio de la pelea, combatiendo con la espada á las tropas de su enemigo, echan mano á sus sables, como si quisiesen volar en su socorro. Si le ven envuelto en los lazos de la traición, sus frentes se contraen penosamente, y exclaman: «¡Malditos sean los traidores!» Si ha sucumbido bajo el número de sus adversarios, salen de sus pechos profundos suspiros, acompañados de las bendiciones que se da á los muertos: «Que Dios lo reciba en su misericordia; que descanse en paz!» Pero si, al contrario, regresa triunfante y vencedor, llenan el aire con sus estrepitosas y entusiastas aclamaciones: «¡Gloria al Dios de los ejércitos!» Las descripciones de las bellezas de la naturaleza, y sobre todo las de la primavera, se oyen con gritos repetidos de: ¡*Taib, taib!* ¡Bien, bien! Pero nada iguala el placer que en sus ojos brilla cuando el narrador pinta á una mujer hermosa, y desarrolla su pintura con afi-

ción. Todos le escuchan en silencio y con el aliento suspendido; y como al terminar, dice: «¡Gloria á Dios, que ha creado á la mujer!» ellos repiten á coro, con voz conmovida, esta frase de reconocimiento y admiración: «¡Gloria á Dios, que ha creado á la mujer!»

VI

LA ESCLAVITUD EN ORIENTE

La palabra esclavitud despierta inmediatamente en la cabeza de un Europeo, lector de las novelas americanas de treinta años atrás, la imagen de unos desgraciados, cargados de cadenas, gobernados á latigazos, alimentados apenas, y viviendo en sombríos calabozos.

No me toca aquí averiguar si el cuadro de la esclavitud tal como existió há algunos años entre los Ingleses y Americanos, es bien exacto, y si tiene verosimilitud que un propietario de esclavos haya pensado nunca en maltratar,

y por consiguiente en menoscabar una mercancía tan costosa como entonces lo eran los negros. Lo que al menos no tiene duda es que la esclavitud entre los musulmanes es muy diferente de lo que fué entre los cristianos, y que la situación de los esclavos en Oriente es muy preferible á la de los criados en Europa. Allí el esclavo forma parte de la familia, llega á veces, según ya lo vimos antes, á casarse con una hija de su amo, y hasta puede desempeñar los más altos empleos. En Oriente la esclavitud no tiene ningún sentido degradante, justificándose lo que se ha dicho, de que un esclavo está más cerca de la posición de su amo, que los criados en nuestros países.

«La esclavitud, dice Mr. About, es tan poco despreciada en los países musulmanes, que los sultanes de Constantinopla, jefes supremos del islam, nacen todos de mujeres esclavas, y no sólo no se avergüenzan de ello, sino todo lo contrario. Los mamelucos, que reinaron largo tiempo en Egipto, continuaban su linaje comprando niños en el Cáucaso á quienes adoptaban al llegar á la mayor edad; y con frecuencia un gran señor egipcio cría, educa é instruye á un chico esclavo, á quien casa más adelante con su hija y le lega todos sus derechos; habiendo en el Cairo ministros, generales y magistrados de la más alta categoría que han costado mil y mil quinientos francos en la primera juventud.»

Todos los viajeros que han tenido lugar de estudiar seriamente la esclavitud en Oriente, han debido reconocer hasta qué punto eran poco fundadas las ruidosas reclamaciones de los Europeos contra esta institución; y la mejor prueba que cabe alegar en favor de ésta es que en Egipto los esclavos que quieren la libertad pueden obtenerla, con sólo declararlo ante el juez; á pesar de lo cual casi nunca lo hacen. «Nos es imposible disimular, escribe Mr. Ebers, después de hacer la misma observación, que la suerte de los esclavos en los países del islam, es relativamente agradable.»

Aunque podría aumentar fácilmente citas idénticas, me reduciré á mencionar la impresión que la esclavitud de Oriente ha causado en los autores que han tenido ocasión de observarla recientemente en Egipto.

«La esclavitud en Egipto es una cosa tan suave, tan natural, tan útil y fecunda, dice monsieur Charmes, que su desaparición completa produciría allí una verdadera desgracia. El día en que las poblaciones centrales del Africa no puedan vender los cautivos que hacen en la

guerra, como no querrán alimentarlos gratuitamente, claro está que se alimentarán de ellos, comiéndoselos; de modo que si la esclavitud es una llaga asquerosa que avergüenza á la humanidad, parece muy preferible á la antropofagia, sobre todo cuando uno se coloca en el punto de vista de los comidos, porque sin duda hay filántropos ingleses que hallan más conforme con la dignidad humana que los negros sean devorados por sus semejantes, que sometidos á un yugo ajeno.»

«Hoy en día, la libertad concedida á los esclavos, dice Mr. de Vaujany, director de la escuela de lenguas del Cairo, les permite vivir á su antojo, sin ser molestados; á pesar de lo cual, muy pocos se sirven de este privilegio, prefiriendo su estado de servidumbre, exento de toda opresión, á la inseguridad de un estado que con frecuencia no sería para ellos sino una serie de penas y embarazos.

»Lejos de ser desgraciado el estado de los esclavos de Egipto, los levanta casi siempre sobre el que antes tenían; habiendo muchos de ellos, particularmente los blancos, que han llegado á ocupar los empleos más eminentes. Todo hijo nacido de una esclava es igual á los hijos legítimos, y si fuese primogénito, tiene derecho á todas las prerrogativas que granjea esa cualidad. Aquella famosa milicia de mamelucos que por tanto tiempo gobernó al Egipto, no se reclutaba sino entre esclavos; y Alí bey, Ibrahim bey y el feroz Murad bey, derrotado en la famosa batalla de las Pirámides, habían sido comprados en los bazares. Todavía hoy dista mucho de ser raro hallar oficiales superiores y funcionarios de importancia que en la juventud fueron esclavos; habiéndolos también que han sido adoptados como hijos; que han recibido una educación esmerada, y se han casado con hijas de sus amos.»

No es sólo en Egipto donde los esclavos son tratados con la mayor suavidad; lo mismo se practica en todos los países sometidos á la ley del islam; y así, en la relación de su viaje al Nedjed, una inglesa, lady Blunt, refiere en estos términos una conversación suya con un árabe:

«Lo que no podía comprender del gobierno británico es que tuviese algún interés en dificultar doquiera el comercio de esclavos; y habiéndole contestado que era por espíritu de humanidad, nos replicó: «Pero si este comercio no tiene nada de cruel!» Y añadió: «¿Quién ha visto nunca maltratar á un negro?» En efecto,

no podíamos contestarle que hubiésemos visto semejante cosa en Arabia, pues, añade la autora, nadie ignora, por ser público y notorio, que entre los Arabes los esclavos son más bien hijos mimados que verdaderos servidores.»

Sin duda no hay cosa más reprobable en principio que la esclavitud; pero los principios artificiales, inventados por los hombres, no desempeñan sino un papel muy secundario en la marcha de las cosas; pues hasta colocándonos meramente en la situación de un negro, no cabe duda de que para una criatura tan inferior la esclavitud es un beneficio. En efecto, nada mejor para estas naturalezas infantiles, débiles é imprevisoras, que tener un amo, á quien el interés obliga á satisfacer todas las necesidades del esclavo; de todo lo cual vemos la prueba considerando la triste decadencia en que han caído la mayor parte de los antiguos esclavos de América, libertados en virtud de la guerra de separación, y entregados á sus solas fuerzas.

Para destruir la trata de negros, como pretenden hacerlo los Ingleses, se necesita ante todo impedir los pedidos de esclavos, ó lo que es lo mismo, se necesita transformar completamente todas las costumbres de Oriente, y al mismo tiempo modificar algo lo restante del mundo; y mientras no se haga esto la intervención hipócrita de los Europeos en asuntos que verdaderamente no les interesan nada, tendrá sólo por resultado hacerlos detestar más de los Orientales.

«Las expediciones contra los negreros del Sudán, de las cuales tanto se ha hablado, dice el inglés J. Cooper en su reciente obra sobre la trata en Africa, no han sido otra cosa sino razias que añadían matanzas á las ya cometidas; y aunque se han destruido algunos

depósitos de cazadores de esclavos, estos depósitos se han restablecido así que terminaba la expedición, y todo aquel gasto de dinero y sangre humana apenas ha servido de nada. Nunca semejantes tentativas han impedido la trata.»

Los Europeos que intervienen en Oriente para impedir por la fuerza el comercio de los esclavos, son indudablemente filántropos virtuosos animados de purísimas intenciones; pero los Orientales no se muestran muy convencidos de semejante pureza, y hacen observar que esos mismos virtuosos filántropos obligan á cañonazos á los Chinos á recibir importaciones de opio que causan más muertes en un año que la trata de negros en un período diez veces más largo (1).

(1) Aunque ya se comprende que por el mero hecho de traducir un libro, el traductor no se hace solidario de él, no podemos menos de manifestar aquí toda nuestra antipatía por el mal disimulado placer con que Mr. Le Bon defiende la esclavitud, escondiendo lo que le conviene, y citando lo que le ayuda. Si los mahometanos tratan suavemente á los esclavos, en cambio Mr. Le Bon puede enterarse en los libros de Livingstone y Stanley de cómo los tratan los negociantes del centro de Africa que también son mahometanos; de cómo se hacen las cazas de esclavos, y de qué modo son conducidos á los depósitos, y á costa de cuántas muertes en los caminos. Lejos de morir más chinos del opio en un año que esclavos de la esclavitud en diez, mueren más negros de la esclavitud en un año, que chinos del opio en cincuenta. El origen de esta y otras opiniones del autor en esta obra es que, á pesar de sus pretensiones de haber descubierto una nueva filosofía de la historia, no ve de ésta más que los detalles, sin remontar nunca á una concepción política y social de la humanidad. Mr. Le Bon cree que todo está bien en el mejor de los mundos posibles; y que sería tonto arreglar una máquina tan diestramente montada. No es nuestro ánimo ocuparnos, ni someramente, de la cuestión de la esclavitud, sino protestar contra lo que acabamos de traducir; pero diremos sí de paso que si el autor, al describir las delicias de la vida del esclavo en casa de los mahometanos ha pretendido asegurar que siempre ha sido así, lo negamos rotundamente y le remitimos á la obra del siglo XVII *Topografía é historia de Argel, por Haedo*, donde en esta y otras materias arábigas hallará cosas muy curiosas. El libro que citamos es de un interés considerable en la historia de la civilización de los Arabes, y es lástima que Mr. Le Bon no haya ni siquiera hojeado la traducción francesa que una de sus revistas geográficas ha hecho de él, poco tiempo há; porque de este modo se hubiera mostrado menos optimista en cosas de las cuales Haedo da noticias, que hasta hoy nadie ha desmentido, y que proceden de testigos oculares de mayor acepción. (N. del T.)

CARILLA ALEONSI
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA